

EL NERVION, EN ROJO Y BLANCO



convertía en un atronador orfeón cuyo cántico victorioso, como el de las sirenas a Ulises, llamaba con poderosísimo magnetismo, Nervión arriba, a las gentes a viajar a un paradisíaco Itaca con los campeones.

El Puente Colgante, de rojiblanco

Eran las cuatro y veinte cuando el cortejo victorioso pasaba bajo el Puente de Vizcaya, un singular arco de triunfo para honrar a los *supercampeones*, presidido en lo más alto por una bandera rojiblanca. El Puente Colgante, el más elegante, leré, se constituía en un majestuoso marco que, con las decenas de embarcaciones surcando la ría y ambas riveras abarrotadas de gente que aclamaba a los *leones*, componía una estampa de enorme belleza plástica. *Campeones, campeones* cantaban hasta la afonía desde las orillas de Portugalete y Las Arenas cientos de personas que llenaban los muelles y llegaban a ocupar hasta las rocas de contención en un afán sin límites por situarse más cerca del equipo de sus amores.

Los jugadores, pletóricos de alegría y emoción, brindaban con *agua de Bilbao* —el mágico elixir con el que por estos pagos se celebran las victorias— y saludaban sin cesar a la afición.

Ventanas, balcones, azoteas y hasta tejados eran las atalayas desde donde los forofoguitas aclamaban al campeón. En las barcas, charangas y fanfarrias no cesaban de interpretar el Allirón. Y casi como convidado de piedra, un león de verdad, a bordo de un gasolino, tras los barrotes de su jaula miraba a estribor, alucinado, ante el inmenso griterío que emanaba de la orilla de Portugalete. Ante el jolgorio y la incontenible juerga que reinaba en la gabarra de los *leones*, el otro, el felino, despanzurrado sobre el suelo de su prisión, más parecía una de las esculturas de las Cortes que el símbolo de la garra del equipo de San Mamés.

Factorías y barcos saludaron al campeón

Por el río Nervión seguía subiendo una gabarra y nadie se privaba de salir a rendirle tributo de pleitesía. Los buques anclados en la ría saludaban el paso del cortejo con sus sirenas. El que más destreza mostró fue el *Hiramand star* que entonó un solemne e impecable *bu-bu, bu-bu-bu, bu-bu-bu-bu, bu-bu* que hizo estremecer todos los corazones rojiblanco a la altura de Sestao. Allí, un poco más adelante, cuando eran las 16,35 horas, los trabajadores de Altos Hornos, enfundados en sus monos, saludaban con sus cascos a los campeones mientras la sirena de la factoría, como la de todas las empresas que se asoman al Nervión, sonaba una y otra vez.

En la otra margen, la carretera de la ría se encontraba abarrotada de gente que no cesaba de cantar y corear las consignas de fervor rojiblanco. Entre la comitiva, el *agua de Bilbao* corría de barco en barco para refrescar unas garagantas incansables. En el *Bizkaiko ama*, un pesquero de Elanchove, dos veteranos arrantzales, juntaban sus prominentes barrigas para bailar en cubierta una melodía «dedicada» a Maradona.

A las cinco en punto, la flota rojiblanca pasaba bajo el puente de Róntegui, mientras desde *Gráficas Elacuria* se lanzaban centenares de recortes de papel rojo y blanco a modo de confeti sobre la multitud. En unos astilleros, una pancarta anunciaba que allí se construyen gabarras para los *leones* y junto a la base de uno de los pilares de Róntegui, que estaba atiborrado de forofos, entre el flamear de banderas, se distinguían dos enseñas gallegas para significar que el amor por el Athletic no conoce fronteras. Antes, una pancarta situada en la pluma de una grúa tenía escrito «Clemente, Asturias te saluda».

Un tren «especial»

Luchana, Elorrieta, Zorroza llenaron sus riberas de una multitud desbordante para recibir a Clemente y sus muchachos. A la altura de Olaveaga, el tren de la línea Bilbao-Santurce aminó su marcha para, en paralelo, seguir el trayecto del cortejo durante un buen trecho. Desde las ventanas y puertas del convoy ferreo, los viajeros mostraban banderas rojiblanco y gritaban hasta la extenuación el *campeones, campeones*. Desde un embarcadero, una fanfarria entonaba el Allirón y hasta un buque, matriculado en Hong-Kong, se llenaba de hinchas con enseñas del Athletic.

Pasadas las cinco y media, se llegaba a la Ribera de Deusto y el entorno del puente levadizo mostraba un aspecto impresionante. Aquello era un verdadero hervidero humano. Y entre la masa descomunal de gente, dos *currelas* habían encontrado un palco de privilegio: una barquilla colgada de la pluma de una grúa desde donde, con una bandera rojiblanca y una ikurriña, vieron al campeón.

E.T. y Maradona

En el Campo Volantin, las barandillas del paseo parecía que iban a reventar. Los muelles de Uribarte también estaban abarrotados y en miradores, balcones y ventanas no cabía un alfiler. De especial emoción fue la arribada al puente del Ayuntamiento donde una pancarta recordaba una máxima incontestable: «Con cantera y afición, no hace falta importación». Por la megafonía sonó una vez más el Allirón y aquello fue el delirio. Junto a su Casa Consistorial, engalanada con metros y metros de tela rojiblanca, los bilbaínos no pararon un segundo de aclamar a su equipo. Bueno. Había *chimbos* y también un extraterrestre. En efecto, un muñeco de E.T. aparecía junto a la ría vestido con camisola del Athletic y con una pegatina de *I love you, leones*.

También se podía ver la imagen de otro monstruo. Pero ésta en situación menos gloriosa. Una fotografía de Maradona impresa en cartón colgaba sobre las aguas pendida de una cuerda atada al cuello. Antes, en el barco Manguera, de Río de Janeiro, otro muñeco ahorcado representaba el cariño que se siente por el crack argentino.

Por fin, a las seis y cuarto, con 15 minutos de retraso sobre el horario previsto, la gabarra Athletic desembarcaba en San Antón. Había sido dos horas y medio de contacto emocionado con la afición a través de toda la ría. La singladura triunfal del *Super-Athletic* había finalizado.



Pancarta de salida con Santurce y el monte Serantes como telón de fondo.



Todas las embarcaciones hábiles del Abra acompañaron al Athletic.

NOS HEMOS RECONCILIADO CON LA RIA

Olmo

En este mundo, todo tiene sus compensaciones y como dice el refrán —y dice bien—, nunca falta un roto para un descosido. Por eso, resulta ahora doblemente grato ver cómo nos ha llegado la compensación de las inundaciones, precisamente por el mismo sitio por donde llegó, hace casi nueve meses (qué curioso, el periodo de gestación de un niño) aquella riada que armó la gorda en el Casco Viejo y parte del nuevo.

La ría, esa arteria fluvial, que Zuazagoitia bautizó como «cloaca navegable»; la ría, cordón umbilical que une Bilbao con el mar, se convirtió el pasado agosto en zipizape hidráulico por la fuerza de la crecida, y ahora, mansa, agradable, jovial nos trajo otra avalancha, esta vez jubilosa y simpática, en forma de recibimiento apoteósico, con gabarra incluida tripulada por Clemente and boys. Hubiera sido ya el completo, que la ría, además de vía navegable para gabarra futbolística y triunfal, hubiese aparecido limpia y hasta con peces, pero todo llegará con el tiempo, porque estoy seguro que el Athletic volverá a repetir su triunfo cuando el plan de saneamiento del Nervión sea una realidad.

Mientras tanto, resulta agradable gozar de estas jornadas, no sólo por el entusiasmo de un triunfo futbolístico con el que nuestro Athletic ha repetido las glorias de otros equipos legendarios, sino también por el hecho de que esa jornada apoteósica del recibimiento haya tenido como escenario la ría de Bilbao, con la cual los vecinos estábamos un poco enfadados, a cuenta de las inundaciones. Ese es otro mérito más que añadir a los que ha conseguido el club bilbaíno en la Liga y en la Copa y que podría yo aquí resumir en tres puntos fundamentales, con permiso de ustedes. A saber:

Mérito número uno: Haber ganado tres Copas seguidas. Liga, Copa y Supercopa (Toma canela, Manuela).

Mérito número dos: Haber demostrado que sin gastarse 1.200 millones en jugadores superclase y no sé cuántos millones en entrenadores supertécnicos y además extranjeros, se puede ser el número uno del fútbol nacional, sin discusión y limpiamente (Chupa del frasco, Carrasco).

Mérito número tres: Haber reconciliado a Bilbao con su

ría. Por allí vino el cisco aguas abajo y por ahí ha venido la alegría apoteósica del recibimiento aguas arriba. Yo diría que, indemnizaciones aparte, estamos en paz y pelillos a la mar.

Bilbao se vistió ayer de rojo y blanco, pero no sólo en las orillas del Nervión desde el Abra, hasta San Antón, sino en todas sus calles, donde el pueblo cantó y bailó al compás del «Allirón» y del «¡Atleeeeti...EUP!», que ha sido el estribillo urbano de estos dos días de jolgorio, en los que hemos participado, con más o menos acción directa, todos los bilbaínos.

La única excepción curiosa ha sido la de un elemento, que siendo protagonista muy directo de la apoteosis futbolística estoy seguro que no se enteró de qué iba la fiesta. Me refiero al león número doce, a ese león que los «hinchas» jubilosos pasearon en una jaula por las calles de la Villa, como símbolo del equipo que utiliza al rey de la selva para dar personalidad a sus jugadores. Me gustaría haber podido leer la mente de ese animal metido en la danza del triunfo atlético. Me lo imagino diciendo: «¿Qué hace un bicho como yo en un jolgorio como este?». Y no le faltaría razón al animal para semejante comentario, pero la vida es así, macho, y si los jugadores del Athletic han hecho una triunfal propaganda de la raza felina por todos los campos de fútbol de España, justo es que un león de verdad devuelva el favor haciendo un poco de propaganda del equipo por esas calles metidas en juerga.

Ya lo dije al principio. Todo en este mundo tiene sus compensaciones y nunca falta un león para un equipo y viceversa.

Y para que no decaiga, vamos a cantar todos a una esta vieja bilbainada puesta al día:

«Por el río Nervión
subía una gabarra,
rumbala-rumbala-rum,
con once jugadores
de un club que tiene garra,
rumbala-rumbala-rumba,
y Clemente en el timón.»